

perfidia parecen propios de la primera fase del debate entre los socialistas y sus adversarios.

El que así piense está en un error y demuestra ser un inexperto y un empírico; ignora que las grandes consecuencias derivadas de una idea, en su desenvolvimiento teórico ó en su aplicación práctica, se contrastan siempre con aquellas objeciones de carácter general que espontáneamente surgen al tiempo de aparecer la idea misma.

En este pequeño volumen combato con preferencia las objeciones que se formulan contra el socialismo considerándole como punto de llegada, como organización social, sin detenerme á examinar aquellas otras que se refieren al socialismo en marcha, como partido en acción, y que por ser, quizá, más importantes, requieren una refutación más amplia, y acaso un orden de razonamientos más propios para los socialistas militantes, que para los que combaten al socialismo como doctrina y como tipo de organización económica y social.

Adolfo Zerboglio.

Pisa, 2 Agosto 1903.



CAPÍTULO PRIMERO

El socialismo y la naturaleza humana.

LA objeción más radical que se formula contra el socialismo y que, de ser cierta, haría imposible la organización socialista, es ésta: que para la existencia del socialismo se requieren cualidades intelectuales y morales de que carece intrínsecamente la naturaleza humana, la cual, siendo como es, no puede adaptarse á una organización donde sea abolida la propiedad individual.

La falsedad de tal objeción se demuestra fácilmente: se funda en el equivocado concepto que muchos tienen del socialismo, de la naturaleza humana y de las leyes que presiden su desarrollo y sus modificaciones.

El hombre no es *à priori*, por misteriosas é ignoradas razones, ni bueno ni malo. **El**

hombre es simplemente conforme le conviene ser (1).

La relación con el medio y las influencias externas actuales dan al hombre una mayor probabilidad de manifestarse bajo el aspecto «malo» por la gran dificultad que encuentra para la satisfacción de sus necesidades y apetitos; pero el hombre, en sí mismo, carece de cualidades morales predeterminadas.

Es el medio lo que determina el aspecto físico y moral del hombre. Transformemos el medio y gradualmente transformaremos al hombre.

Convengo en que hoy la naturaleza humana está más próxima al mal que al bien; pero esto sólo depende de haber estado sometida durante muchos siglos á las circunstancias sociales que le imponen, como medio de vida, la ambición, la violencia y el fraude.

En realidad, no existe la naturaleza humana intrínsecamente.

(1) SPENCER: *La morale des différents peuples et la morale personnelle* (Paris, 1893). Guillaumin, página 269.

«... El hombre no es malo por naturaleza, y se irá perfeccionando por la influencia de las condiciones que pongan en actividad sus facultades superiores y dejen inactivas las inferiores...»

La mayoría de los hombres es incapaz de los grandes delitos y de las grandes virtudes; no es buena, pero no es mala, y puede ser, sin embargo, lo uno y lo otro.

No es por la bondad humana por lo que se establecerá y subsistirá el socialismo; por el contrario, es el socialismo el que hará mejores á los hombres al imposibilitar el ejercicio de las malas acciones y de las facultades psíquicas inferiores.

Del mismo modo que nosotros hemos ido perdiendo en el transcurso de los siglos los hábitos y tendencias salvajes que resultaban innecesarios por inútiles, así nuestros hijos perderán los que hoy tienen en cuanto no les sean beneficiosos.

Así como el hombre ha llegado desde el primitivo salvajismo al estado presente por haber cesado las condiciones de vida que le obligaban á practicar las costumbres salvajes y feroces, así habrá de transformarse también cuando cesen las condiciones de vida que le fuerzan á seguir los usos y las inclinaciones presentes.

La naturaleza humana no es inmutable; basta para desmentirlo echar una rápida ojeada á las pasadas edades y á los pueblos que fueron nuestro predecesores.

Cierto que el cambio es muy pequeño con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"DR. JOSÉ DE LOS RÍOS"
MONTERREY, MEXICO

relación al tiempo que ha tardado en realizarse; pero no debemos extrañarnos de ello considerando las circunstancias en que se ha desenvuelto la existencia de la humanidad en las épocas pasadas.

La tiranía, la guerra, la esclavitud, la servidumbre, constituyen la historia de las épocas anteriores, y es, por tanto, fácil conocer que, aunque poco, se ha progresado moralmente.

Así y todo, ¡qué gran progreso sobre el antropófago, sobre el salvaje, que tiene por superior aspiración la de comer sesos humanos; que estrella contra las rocas, sin escrúpulo alguno de conciencia, la cabeza del recién nacido, y que ordena la muerte de sus ancianos padres porque ya no pueden producir y en cambio consumen!

La naturaleza humana se ha modificado y se modificará siempre, y la manoseada objeción continúa siendo fundamentalmente la misma, y, por tanto, carece de todo valor (1).

(1) Novicow, en *Les luttes des sociétés humaines et leurs phases successives* (París, 1894), demuestra con mayor extensión la modificación de las costumbres según el principio de utilidad.

MIGUEL ANGEL VACCARO, en su libro *Le basi del diritto e dello stato*, á propósito de la *humanización* de la guerra, escribe (pág. 121): «... Es indudable que no fué un

Hay muchos caracteres físicos y psíquicos que persisten aun cuando el medio ambiente no los justifique ya, ó que desaparecen aunque el medio no explique la supresión; la antropología criminal demuestra que hay un número no escaso de hombres aptos para vivir en una sociedad más bárbara de aquella en que han nacido, pero la norma general es que la característica fisio-psíquica siga las variaciones del medio ambiente (1).

sentimiento de justicia y de humanidad el que obligó á los ejércitos á aprovisionarse y á no realizar en el territorio enemigo robos, devastaciones y crueldades de todo género; esto fué debido al temor del peligro que podrían correr llevando la desesperación á los habitantes del territorio ocupado, los que más de una vez incendiaron sus casas, devastaron sus cosechas, ocultaron los alimentos é hicieron morir de privaciones y cansancio á los invasores.»

(1) Escribe MORSELLI en la página 426 de su magnífica obra sobre la *Teoria dell'evoluzione*: «... Decir que todo carácter anatómico es un carácter exclusivamente étnico, ó lo que es lo mismo, efecto exclusivo y constante de la raza, no es resolver el problema, sino aplazar su solución, porque suponiendo que los caracteres se transmitan por herencia, queda por averiguar cómo se produjeron en los antepasados. Por esto debemos unir siempre al análisis del proceso anatómico-fisiológico, el de cada uno de sus orígenes; y de no considerarlos como misteriosamente primordiales, no hay de ellos otra explicación positiva que las afirmaciones de la mesología, del estudio del medio ambiente.»

Ahora bien; si es el medio el que determina las costumbres, el que forma el carácter humano, bastará que un cierto ambiente social produzca la bondad como consecuencia de la adaptación al mismo, para no considerar contrario á la naturaleza un orden social cuya constitución ha de predisponer á la bondad de los hombres.

La bondad, en ese caso, será un efecto natural, no una causa, del nuevo régimen social.

Los hombres podrán ser buenos por aquella influencia, del mismo modo que en un período de carestía podrían convertirse en caníbales por instinto de conservación (1).

Los adversarios del socialismo, al considerar que éste es inconciliable con la naturaleza humana por el mejoramiento ético que el socialismo requiere, no tienen presente que semejante mejoramiento se reali-

(1) MANOUVRIER, en una conferencia sobre *La Genèse normale du crime.—Conférence annuelle transformiste* (Paris, 1893), demuestra cómo también el hombre más perfecto, impelido por la necesidad, puede transformarse en ladrón ó asesino. En la guerra es sabido que se despiertan los instintos más feroces. Guillermo Ferrero, en un artículo sobre *El perfeccionamiento del hombre*, afirma que, durante la guerra, en el más pacífico burgués renace fácilmente la bestia humana.

zará, no porque los hombres se mejoren por sí mismos, sino porque la vida socialista hará que por su propio interés sean mejores.

Es el individualismo el que pugna con la naturaleza humana, porque en el individualismo deberían ser los hombres radicalmente distintos de lo que son para lograr la paz, la felicidad de la vida social.

Por tanto, para lo que aún no están educados los hombres, es precisamente para el individualismo.

En el socialismo los hombres, siendo tal cual son, pueden alcanzar el desideratum de una existencia colectiva tranquila, progresiva y feliz, mediante la distribución del trabajo y de la riqueza y el desenvolvimiento de todas las relaciones sociales como resultado de un sistema que permita satisfacer el egoísmo de cada uno.

En el individualismo, por el contrario, la armonía y la justicia en las relaciones, en los beneficios y en los deberes sociales, sólo pueden obtenerse de la virtud de los hombres.

En la sociedad socialista los hombres adquirirán gradualmente la virtud, atrofiándose en ellos, y desapareciendo después por el no uso, los hábitos de ambición, de frau-

de y de parasitismo, á medida que el socialismo vaya encarnando en la realidad produciendo el bienestar general, sin necesidad de que la naturaleza humana se modifique previamente.

Sólo en la sociedad socialista podrá armonizarse el egoísmo con el bienestar material y moral de la mayoría, porque en el socialismo el desarrollo de los estímulos egoístas no vendrá en detrimento de los demás.

Por otra parte, el egoísmo humano no podrá manifestarse en una consociación socialista por la sencillísima razón de que no habrá necesidad de él, y, por tanto, no será tampoco menester el altruísmo que supone el sacrificio de ese deseo.

El andar muy abrigado en verano en una llanura, es una molestia; pero deja de serlo si se camina á 2.000 metros sobre el nivel del mar. Del mismo modo, no ser egoísta en una sociedad en la que el egoísmo impera, es una gran virtud; pero no serlo en una sociedad en la que el egoísmo no es preciso, es cosa que no requiere ninguna cualidad moral extraordinaria.

El socialismo, evitando la acumulación de la riqueza y, por tanto, el disfrute egoísta de ella, acabando con el parasitismo y ase-

gurando el trabajo á todos para hoy y para mañana, reducirá el egoísmo humano al deseo de gozar una existencia larga y dichosa, en vez de aguzarlo y multiplicarlo con la preocupación de un porvenir incierto.

En la sociedad individualista, por el contrario, el egoísmo no puede manifestarse sin provocar, como provoca, una lucha cruel, encarnizada, de intereses opuestos, entre la opulencia inmerecida de los unos y la inmerecida miseria de los otros, entre el excesivo trabajo y el ocio, etc., ocasionando todos los estragos propios de la lucha.

Para que en el régimen de la libre concurrencia, del capital privado, del individualismo, no se realizase la guerra sin cuartel que hoy existe, sería preciso que los hombres fuesen, como no son, buenos, justos, piadosos, sobrios.

El que llegase á alcanzar la riqueza, debería beneficiar á los infelices que sin culpa suya viven en la pobreza; quien lograra una posición desahogada, no debería aspirar á más, y al mismo tiempo, en vez de vivir de sus rentas, debería proseguir trabajando para evitar que otros lo hiciesen por él; ninguno debería aspirar á lo superfluo mientras hubiese alguien que careciera de lo necesario; y el afortunado que luce

alhajas y viste trajes suntuosos, en vez de tener para él solo un guardarropa bien surtido, debería procurar que no hubiese nadie sin abrigo suficiente para resguardarse del frío y de la intemperie.

En una sociedad individualista es indispensable, si ha de ser perfecta, el altruismo; y es tanto más necesario en los individuos que la componen, para procurar á todos ellos una situación ordenada, regular y pacífica, cuanto más tolere y aun estimule la constitución de esa sociedad una mayor expansión del sentimiento egoísta de sus individuos.

Si cada uno de los hombres tiene la convicción de que los demás son honrados, generosos, afectivos, no pudiendo temer ser engañado por ellos, ni abandonado en la desgracia, ni explotado en el trabajo, etcétera, etc., no dedicará su actividad á prevenirse contra el prójimo, á procurar engañarle para no ser engañado, á acumular fortuna para no verse en la pobreza; por el contrario; será honrado, generoso, afectivo, porque la honradez, la generosidad y el amor en las relaciones humanas son caracteres favorables á la existencia individual y se ofrecen como resultado de una adecuada adaptación al medio.

Si cada uno de los hombres que viven en sociedad tiene, por el contrario, la conciencia de que los demás son avaros, deseosos de disfrutar y de vivir á expensas de otro, entonces dedicará su esfuerzo á precaverse de la ambición de su prójimo, á engañarle para no ser engañado, á ahorrar cuanto pueda para no correr el peligro de la miseria; entonces sentirá la codicia, anhelará el lucro, porque eso es lo que le conviene en una adecuada adaptación al medio en que vive.

Hasta que el hombre no tenga la persuasión, fundada en la propia experiencia, de que los demás no abusan de sus facultades y respetan los intereses ajenos en cuanto no perjudiquen los suyos, el hombre obrará con la única mira de su personal conveniencia y procurará servirse de todas las armas para lograr su bienestar sin la menor consideración hacia el de sus semejantes.

Hasta que esa convicción exista, la lucha por la existencia entablada de hombre á hombre tendrá por resultado no el triunfo del mejor, sino una vida desordenada, anárquica, inquieta; el predominio de los unos y la servidumbre de los otros; después la reacción de éstos contra aquéllos, y siempre una constante guerra personal, de cas-

ta, de clase; no es otra cosa, en conclusión, la historia del mundo, la cual se manifiesta al presente por la coalición de los oprimidos que quieren sustituir la lucha caótica de todos contra todos por la labor fecunda de todos para todos.

El hombre de nuestra época no está educado para el individualismo porque no ha cultivado en sí mismo lo que podría llamarse el sentimiento de socialidad.

El hombre moderno, salvo contadas excepciones, es antisocial, no por un impulso interno, sino por las coacciones y la necesidad externas.

El ser hoy prematuro el individualismo depende, pues, si se me permite la expresión, de que el individuo es aún excesivamente individuo y no se impone aquellas limitaciones que son indispensables para la convivencia social.

La constitución típicamente individualista, como constitución que asegure no la utilidad de unos cuantos, sino el provecho de los más, es una constitución social superior á la socialista.

El individualismo es el régimen económico político de los hombres buenos.

Por eso mismo, si alguna vez llegan á estar educados para vivir en aquel régimen,

será merced á una larga práctica del socialismo que hermane á los hombres en el sublime sentimiento de la solidaridad (1).

Creería no haber replicado debidamente á la objeción de la incompatibilidad entre el socialismo y la naturaleza humana si dejase pasar inadvertidos dos lugares comunes de la crítica adversaria que, aunque implícitamente combatidos en las precedentes páginas, merecen por su especialidad una refutación explícita.

El primero es que en la sociedad socialista nadie querrá realizar las ocupaciones más humildes y penosas; el segundo que el socialismo no tiene presente que en la naturaleza humana es ingénito el sentimiento de la propiedad.

Algo extraño parece que los hombres amoldados durante tantos siglos á las más duras necesidades de la existencia, hayan de ser, en un momento determinado, intolerantes para los trabajos penosos y soliciten, todos á la vez, las ocupaciones más fáciles y gratas, sin parar mientes en que

(1) SPENCER mismo, el gran apóstol del individualismo, en las notas de su obra *El individuo contra el Estado*, reconoce claramente que el individualismo es una teoría «en todo contraria á la que conviene á nuestra situación presente».

esto sea ó no compatible con la vida social.

Los hombres en el socialismo no enloquecerán de ese modo y sabrán aceptar las mejoras que sea posible obtener, sin tal afán de pretensiones imposibles y absurdas.

Bastará que los menesteres menos atractivos no ocupen toda la jornada y que sean bien remunerados quienes los realicen, para que aquéllos se hagan sin repugnancia alguna, con arreglo á una selección espontánea fundada naturalmente en las aptitudes é inclinaciones individuales.

Y aun en el supuesto de que cada hombre, ya fuese el más sabio de todos, hubiese de realizar en el socialismo las funciones que actualmente desempeñan los de menor cultura; aun aceptando que el presidente de la República socialista se viera precisado á limpiar sus botas, como imagina Richter para ridiculizar el socialismo, nada tendría esto de extraordinario, toda vez que no existiría mandato de nadie para realizar esas funciones, á las que, por humildes que ellas sean, debe rendirse la majestad más encumbrada de emperadores y reyes.

Y pasemos al sentimiento de la propiedad.

Los hombres tienen el sentimiento y aun el instinto de la propiedad—afirman los psi-

cólogos—; y, por tanto, la naturaleza humana rechaza un estado social donde predomine el principio de la propiedad colectiva.

No niego el instinto de la propiedad. ¿Pero por qué razón no ha de ser posible con ese instinto el socialismo, donde todos tendrán lo necesario, y, en cambio, existe y es posible la presente organización de estructura individualista, en la que, á pesar de ese instinto, hay un mínimo de propietarios y un máximo de desposeídos?

¿No ofrece el socialismo más eficaz reconocimiento al dato positivo de que el hombre «tiene el sentimiento de la propiedad»?

El socialismo será la propiedad de todos y de nadie, única fórmula de la propiedad que no excluye á ninguno de participar en ella.

Hoy existe en cada uno de nosotros la posibilidad, la potencialidad de llegar á ser propietario; pero la experiencia diaria nos enseña fácilmente que esa potencialidad sólo tiene un valor puramente formal, ó, en otros términos más vulgares, el mayor número de los hombres sabe que puede convertirse en propietario; pero como esta posibilidad no hace á nadie rico, lúchase hoy, no por ganar la propiedad, sino por conservar la existencia. El sentimiento de la propiedad

existe al presente tan sólo en un cierto número de hombres; en cambio, el sistema socialista garantiza que la propiedad alcanzará á todos los hombres en un régimen colectivista.

No es la propiedad privada de los medios de producción y de cambio la que exige el instinto *orgánico* de la propiedad. Si con ese instinto ha podido vivir la humanidad durante miles de años en un ambiente desfavorabilísimo á su desarrollo, no es de temer que ese instinto se oponga á otro ambiente que, por su constitución, se acomode á las bases esenciales en que aquél se funda.

El *mío* y el *tuyo* tienen un valor inmenso en un sistema de sociedad donde el *tuyo* es la absoluta negación del *mío*, y viceversa; pero pierden esa importancia en un tipo de sociedad que provee debidamente á satisfacer las necesidades que hoy están confiadas á la existencia del *mío* y del *tuyo*.

Por otra parte, no es posible inferir de la conducta que siguiere el nombre de nuestra época, después de una mágica é improvisada transformación socialista, la conducta de los hombres llegados gradualmente á un diferente sistema social y económico.

Cuando se objeta que el socialismo implica una alteración de la naturaleza humana,

se dice una cosa relativamente exacta, en cuanto la evolución, para aproximarse á la sociedad socialista; supone de hecho una transformación continua y progresiva del hombre que facilite gradualmente la implantación ordenada y eficaz del socialismo.

La objeción del sentimiento de la propiedad no afecta, pues, al socialismo como punto de llegada, como organización ya establecida; por el contrario, solamente puede tener importancia con relación al socialismo como movimiento, como tendencia.

Cierto es que al lado de millones de hombres excluidos de la propiedad de modo inexorable, existen hoy millares de propietarios, de aspirantes á serlo y de presuntos favorecidos con esa condición. En ellos, el sentimiento de la propiedad actúa más intensamente; es un sentimiento educado por la costumbre, exagerado por la esperanza. Esta clase de hombres constituye un ejército numerosísimo, con el que sería locura no contar y cuya aversión al socialismo se funda, tanto en motivos de orden económico, como en razones de orden psicológico.

Teniendo en cuenta tales sentimientos, hay que hacer los cálculos necesarios para vencer cuantos obstáculos se oponen á la

implantación de la sociedad socialista; pero no por ello el socialismo es una utopía.

No hay, pues, que declararse vencidos sino cuando se demuestre que lo que es congénito al hombre es el sentimiento de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio (1).

(1) No recuerdo en qué libro expone Bain que toda tentativa de transformar cualquier institución ha sido mirada en un principio como el propósito de destruirla.



CAPÍTULO II

La paradoja de la igualdad.

A primera vista parece que los adversarios del socialismo tienen razón para combatirlo cuando le acusan de inconsistencia práctica por afirmar que realizará la igualdad humana.

Hasta la aparición del socialismo científico, el concepto de igualdad mostrábase bajo cierto aspecto metafísico y sentimental, que rechazan hoy los que fundamentalmente confían en que sucesivas transformaciones sociales bastarán para realizar y mantener ese principio.

Sólo á primera vista puede creerse que los adversarios del socialismo están en lo cierto al formular esa objeción, pues al cabo de tantos años de socialismo científico y de la propaganda que del mismo viene haciéndose, hablar aún de igualdad en el sentido